LA CIFRA,

OPERA JOCOSA

EN DOS ACTOS

DEL TEATRO ITALIANO AL ESPAÑOL.

POR

DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

EXECUTADA POR LA COMPAÑIA

DEL SEÑOR LUIS NAVARRO.

MADRID: MDCCXCIX.

LA OFICINA DE DON ANTONIO Y DON JOSEF CRUZADO.

CALLE DEL PRADO, DONDE SE HALLARÁ.

PERSONAS.	ACTORES.
EUGENIA, QUE SE DESCUBRE SER AMELIA.	SRA. LORENZA CORREA.
LISETA, LABRADORA, HIJA DE	SRA. JOAQUINA ARTIAGA.
EDUARDO, VILLANO MALICIOSO.	SR. MARIANO QUEROL.
MILORD FIDELING	SR. BERNARDO GIL.
GUILLERMO ALDEANO, AMANTE DE LISETA	SR. VICENTE SANCHEZ.
RICARDO AMIGO DE MILORD	SR. ANTO
CAZADORES, ALDEANOS, ALDEANAS.	

LA ESCENA SE FINGE EN ESCOCIA.

LA CIFRA,
OPERA JOCÓSA
EN DOS ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Selva con colina por la qual baxan presurosas Eugenia y Liseta: Eduardo y Aldeanos se despiertan con los ecos de las trompas, que se oyen á lo lexos.

INTRODUCCION.

Eduardo. Qué es aquesto? Quién me llama?
qué sonido me despierta!
Buena gente, alerta, alerta:
quién me viene á incomodar?
Eugenia. Padre mio, estoy temblando.
Liseta. Qué tumulto!
Eduardo. Qué alboroto!
Eugenia. Padre mio, segun noto
nadie viene á este lugar.
Los 3 Sin embargo á toda prisa,
el suceso nos precisa
á la choza regresar.
Salen Milord y Ricardo con cazadores.
Milord. Teneos, esperaos,
sencilla buena gente,
querémos solamente
vuestra felicidad.
Ricardo. Esperense los rústicos,
á que es el escaparos,
venimos solo á daros
pruebas de humanidad.
Los 2 Hermosas labradoras,
teneos esperad.
Eduardo. Señores, poco á poco,
que es mucha su imprudencia.
Eugenia. Pedimos su licencia
con toda urbanidad.
Liseta. Qué hermosos! qué donosos!
qué gran marcialidad!
Nó vienes?
Eugenia. Voy al instante.
Eduardo. Marchad de mi presencia
Los 2 Ya van, tened paciencia.
Liseta. Qué brio!
Eugenia. Qué dignidad!
Todos. Quién son saber quisiera,
quisiera saber qué hacen
por ver si satisfacen
mi gran curiosidad.

Eduardo. Parece que no haceis cas
y conmigo no se juega.
A casa, digo otra vez
y cuidado, que no tenga
que repetirlo.
Milord. Dexádlas
otro poco.
Eduardo. Eso quisieran
las holgazanas: al Huerto
á cojer rosas y fresas
y á regar las clavellinas;
vámos Eugenia, Liseta,
vámos que es tarde.
Liseta. Ya voy.
Eduardo. Y te estás quieta, que quieta!
obedeeed, ó de no. . .
Milord. Aunque las dos se detengan
con nosotros, no penseis. . .
Eduardo. El que las hace las piensa.
Milord. Nosotros somos seguros,
somos cortesanos.

Eduardo. Buena
recomendacion! A casa
que peligran las obejas
á la vista de los lobos.

Liseta. Si todos los lobos fueran
como los dos! Nó es verdad
que ustedes son mansos?

Eduardo. Bestia
calla y vete: tú tambien,
sin dar lugar que yo exerza
la potestad que en entrambas
me ha dado naturaleza.
Remolonas.

Eugenia Ya nos vámos.

Liseta. Nos verémos?

Ricardo. A la buelta.

Milord. Con q ... o ... ais bellas Aldea-(nas?

Eugeni ... í la obediencia.

[Q]UINTETO.

[P]erdonadnos es preciso
retirarnos al proviso,
nuestro estado desdichado
nos obliga á trabajar.
De mi padre dependemos,
lo que manda solo hacemos:
con su vista el pecho siento
de contento rebosar. *Vase.*

Liseta. No hagan caso de mi hermana,
no conoce la atencion:
con los hombres no se afana
por tener conversacion.
Es muy tonta, nunca supo
agradar al cortesano:
á besar os doy la mano
y me voy sin dilacion. *vase.*

Milord. Qué notable diferencia!
una llena de prudencia.

Ricardo. Y otra de malignidad.

Milord. Todo vá como deseo.

Eduardo. Todo tiemblo quando veo
venir gente de Ciudad.

Milord. Las dos merecen un reyno
por su gracia y su belleza.

Eduardo. Mejor lo merezco yo
porque sin mí no lo fueran.

Ricardo. Segun eso sois su padre?

Eduardo Mucho: son de mi cosecha.

Milord. Una y otra?

Eduardo Una y otra.

Milord. Mucho dudo que lo sean.

Eduardo. Mil gracias.

Milord. Lo digo solo
porque hay mucha diferiencia
de vos á ellas: vos sois
tosco por naturaleza,
ellas finas y agraciadas.

Eduardo. Finas, bastas, lindas, feas,
ó como Dios las ha hecho,
no teneis que ver con ellas,
ni conmigo.

Ricard. Sosegaos,
que no os buscamos de guerra
sino de paz.

Milord. Os querémos
por amigo.

Eduardo. Ya se dexa
conocer.

Milord. Y en prueba de ello
despues de dar quatro vueltas
por el monte, volverémos
á disfrutar de su mesa.

Eduardo. Para qué se han de cansar?

Milord. No se nos sigue molestia.

Eduardo. A mí sí.

Milord. Y ya que la casa
es acomodada y fresca,
dormirémos un par de horas
despues de comer, la siesta:
luego, si hace buena tarde,
irémos á la pradera
á tirar al buelo un poco;
y así que la noche venga
vendremos aquí á cenar.

Eduardo. Y adormir por lo que resta.

Milord. Y por qué no? Los hechizos
encantadores de vuestras
hermosas hijas, merecen
que desde la corte vengan
á obsequiarlas los señores
de la mas sublime esfera.

Ricardo. Vereis como se divierten

con nosotros dos.
Eduardo. Por ellas
yo lo creo; mas por mí
seguro está que suceda.
Milord. Esa es mucha rigidéz.
Eduardo. La vuestra mucha llaneza.
Con quién discurren que tratan?
Milord. Con un hombre.
Eduardo. De la Aldea
soy Sindico Personero
en primer lugar.
Ricardo. Que sea
por muchos años.
Eduardo. Las leyes
vuestros deseos me niegan.
Despues soy guarda mayor,
y menor en una pieza
de los montes, y el palacio
que tiene aquí su Excelencia.
Milord. Su Excelencia?
Eduardo. Si, Milord
Fideling.
Ricardo. Si tú supieras
que él te habla.
Milord. Lo conoceis?
Edurado. Conocí á su padre que era
un Señor muy respetable.
Ricardo. No os descubrais: la cautela
es precisa en este caso. *Aparte.*
Milord. Amigo, mi buena estrella
parece que aquí me trae.
Yo de Milord soy la entera
confianza; soy su deudo,
y en nombre suyo á estas selvas
vengo á indagar un asunto
de la mayor conseqüencia.
Eduardo. Con que Milord os embia?
Milord. Sí, él mismo.
Eduardo. De esa manera,
Se quita el sombrero.
de mi casa, y de mis hijas
disponga conforme quiera.
Ricardo. Cómo ha mudado de tono?
Milord. La batida se suspenda
por ahora, que la caza
no es lo que ya me interesa:
vos, en nombre de Milord,
con la mayor diligencia
convocareis en Palacio
á quantos hay en la Aldea.
Eduardo. Con qué fin?
Milord. Obedeced.
Eduardo. Y no traen quatro letras?
Milord. Qué no basta mi palabra?
Eduard. Yo no os conozco, y quisiera...
Milord. Pronto me conocereis.
Eduardo. No sé el alma que recela.
Milord. Un exquisito tesoro
estas montañas encierran,
y mi zelo, hasta encontrarle,
no omitirá diligencia.
Eduardo. Un tesoro! mis temores
cada vez mas se acrecientan.
Aparte.
Milord. Direis de mi parte á todos,
que á hablar verdad se prevengan,
de lo contrario, mi enojo
castigará su infidencia. *Vanse.*

RECITADO.

Eduardo. Eduardo, que dices? no penetras
que los dos vienen con un fin oculto
que indica tu ruina! Los tesoros
que quieren descubrir, el parentesco
con Milord Fideling; el ordenarme
convoque todo el pueblo,
dá á entender que buscando van á Amelia,
la hija de Clerval
muy bien, sí, búsquenla,
quién la descubrirá? todos la tienen,
y ella misma se tiene por mi hija.
Yo no sé qué colija
el pecho tiembla, y quando tiembla el pecho
tendrá justo motivo.
Mas como alerta vivo no es factible
que descubran á Amelia y sus riquezas:
tengo experiencia,
ardid, sagacidad, maña y prudencia. *Vase.*

Huerto con tapias y puerta practicable: detras árboles, uno de ellos capaz de mantener una persona:

Sale Guillermo.

CABATINA.

Guillermo. Yo soy jóven, yo soy rico,
toda niña amor me jura
por mi hacienda y mi ventura,
soy el gallo del lugar;
soy alegre, fuerte y sano,
de quimeras enemigo:
si á Liseta yo consigo
nada tengo que desear.

Todavia no ha venido,
y lo estraño en su fineza
mayormente quando save,
que la mia aquí la espera;
mas detrás de los rosales
parece que gente suena:
puede que sea su padre:
voy á mirarlo de cerca;
que ventura! es mi querida,
mi encantadora Liseta,
que está cogiendo unas rosas
en compañía de Eugenia.
Con qué fin las cojera?
con que fin ha de cojerlas,
cífra en mi amor su ventura,
y me va á obsequiar con ellas.
Retirado podré oírlo,
una vez, que aquí se acerca:
nunca el amor á mis ojos,
la ha presentado mas bella. *se retira.*

Sale Eugenia y Liseta; la primera con una cestita de fresas, y la segunda con un ramo de flores.

Eugenia. No cojas mas rosas.
Liseta. Quiero.
Eugenia. Qué piensas hacer con ellas?
Liseta. Nada, nada.
Eugenia. Qué misterios
tan tontos! que así te créas
de los hombres!
Liseta. Los señores,
que codician mi belleza,
no son hombres.
Eugenia. Pues qué son?
Liseta. Cortesanos. *Se rie Eugenia.*
Guillermo. De quien hablará esta bestia?
Liseta. Haz burla.
Eugenia. Con justa causa.
Liseta. Ya verémos quien se lleva
el gato al agua.
Eugenia. Que tonta.
Liseta. Lo que siento es que no vengan.
Eugenia. Para qué?
Liseta. Para obsequiar
al mas buen mozo con estas
rosas.
Eugenia. Y Guillermo?
Liseta. Un bruto
no merece mi belleza.
Sale Guillermo. Te doy muchísimas
gracias.
Liseta. Aquí estabas?
Guillermo. Sí, perversa.
Liseta. No te sofoques Guillermo;
aunque mi amor te desprecia,
no es por mal sino por bien.
A que viene esa simpleza?
si yo quiero á aquel señor,
le quiero por sus riquezas:
me gusta de mentirillas.
y tú me gustas de veras;
en casandome con él,
serás de mí lo que quieras:
quiéres ser Lacayo mio?
no has de querer? de por fuerza,
irémos juntos en coche,
yo dentro, tú á la trasera.
Eugenia. Sabes necia lo que dices?
Liseta. Aunque fuera alguna bestia.
Guillermo. Dexala Eugenia: traidora,
fementida, aleve, fiera...
Liseta. En siendo un año señora,
despues dime lo que quieras.
Guillermo. Donde estan los juramentos,
las palabras, las promesas?
Liseta. En vano me reconvienes
quiero tener excelencia. *vase.*
Guillermo. Esto ya pasa de raya.

espera, alevosa, espera.

Eugenia. A donde el discurso falta, de nada sirven las quejas.

Guillermo. Qué he de hacer?

Eugenia. Ver á mi padre.

Guillermo. Vamos en su busca Eugenia.

Eugenia. En sabiendo lo que pasa, corregirá su demencia.

Guillermo. Qué un bruto, qué un animal de este modo se envanezca!

Eugenia. Siempre vá la necedad, unida con la soberbia.

Rica sala antigua. Salen Eduardo y Aldeanos.

Eduardo. Acomodaos con orden. Lo estais?

Todos. Sí.

Eduardo. Mientras arenga, mi fecundidad, silencio: qué congregacion tan seria! Discreta junta de brutos, sabio congreso de bestias, salve. *Se quita el sombrero.*

Todos. Salve. *Se lo quitan.*

Eduardo. Ahora tosamos. Muy bien: Prosigo la arenga.

Salen Eugenia, y Guillermo.

Eugenia. Padre....

Eduardo. Quando hablo de oficio no soy padre.

Guillermo. Es que Liseta...

Eduardo. Ni á mi mismo me conozco, quando estoy de esta manera: tomemos de nuevo el hilo, para proseguir la arenga. Lugareños de esta corte, ciudadanos de esta aldea, salud y gracia: sabed como ha llegado á estas selvas un pariente de Milord.

Todos se quitan el sombrero.

cubrios que su Excelencia recibe vuestra atencion; el qual viene con la idea de evaquar en nombre suyo, una cierta diligencia; á este fin por mí:: por mí::

No hacen caso.

ese sombrero, que en esta junta represento el amo.

Eugenia. Mirad señor que Liseta.

Eduardo. Si prosigues vas al zepo.

Eugenia. Perdonad si soy molesta.

Eduardo. A este fin por mí, y por sí como mejor le convenga, á este salon de Palacio, os convoca en junta plena: dixe.

Guillermo. Podreis escucharnos?

Eduardo. Chito que el amigo llega: cuidado que todo el mundo, á hablar verdad se prevenga.

Salen Milord, y Ricardo.

MUSICA.

Coro. Bien venido al pueblo sea de Milord el caro amigo: las noticias que desea le ofrecemos todos dar.

Los 2. Oh qué gente tan sincéra! á su lado nos sentemos.

Milord. Nuestra gracia os prometemos.

Ricardo. Y así mismo regalar.

Los 2. Todo aquello que sepamos os dirémos al momento.

Eduard. Ay de mí! que el pecho siento que comienza á vacilar.

Milord. Supuesto que la verdad ofrecen decir, atiendan. Hoy se cumplen quatro lustros que con tirana violencia un injusto usurpador pribó de honores y haciendas al desventurado Conde de Clerval.

Eduardo. Muy mal empieza el exôrdio.

Milord. Sin quedarle en su desgracia funesta mas bienes, ni mas honores

que el amor de una hija bella,
de edad de tres años.
Eduardo. Peor
que peor. *Aparte.*
Milord. La saña fiera
del usurpador tirano
quiso evitar con la ausencia;
y porque su triste prole
no fuese víctima de ella,
ántes de salir de Escocia,
con amorosa cautela,
puso á cargo de un aldeano,
de su hija la inocencia
junto con una caxita
con infinitas riquezas.
Eduardo. La Amelia que estan buscando, *Aparte.*
en cuerpo y alma, es Eugenia.
Milord. Murió el tirano, y deseoso
de poner á la heredera
del Conde en la posesion,
de las usurpadas rentas
se las dexó á Fideling,
con la circunstancia expresa
de que no pueda gozarlas
sino se casa con ella.
Liseta. Si seré yo Amelia? puede. *Aparte.*
Eugenia. Su historia me causa pena.
Milord. Un papel que se ha encontrado
claramente manifiesta
que ha de estar en estos sitios.
Eduardo. Pero decidme, no expresa
el nombre del Aldeano?
Ricardo. Que mas, Fideling, quisiera.
Eduardo. Corazon, del mal el ménos.
Ricardo. Este villano se alegra
de la incertidumbre.
Milord. Calla
y disimula: á mi vuelta
de la caza, del suceso
he de saber la certeza.
Sentiré que la malicia
á obscurecerla se atreva,
que si benigno preparo
á la verdad recompensas,
justiciero á la malicia
preparo severas penas.

MUSICA.

El indigno de mi ceño
el efecto probará.
Coro. Todos tienen mucho zelo,
como el tiempo lo dirá:
Estad ciertos que el desvelo
la verdad descubrirá.
Eugenia. Sabe Dios quien será aquella
que merezca tal fortuna.
Liseta. Yo nací con mucha estrella,
y merezco tal fortuna.
Eugenia. Yo he nacido labradora.
Liseta. Yo merezco ser Señora,
por mi gracia y mi beldad.
Milord. Yo sospecho del villano,
me parece malicioso:
el arcano misterioso,
con el tiempo se sabrá.
Vase Guillermo y Aldeanos.

Milord. Tú espérate: miéntras hablo
sus sentimientos observa. *Aparte.*
Eduardo. Estorban estas?
Milord. No amigo
Eduardo. Siempre mi temor se aumenta. *Aparte.*
Milord. Ven acá: tú estas confuso,
acércate: nada temas,
mírame, y á mis preguntas
con sinceridad contexta.
Has conocido tú al Conde
de Clerval?
Eduardo. Yo?
Milord. De qué tiemblas?
Eduardo. Yo no tiemblo.
Milord. Pues qué es eso?
Eduardo. Una combulsion interna,
nacida de un terremoto
corporal que las arterias
padecen, quando la vilis,
ó la cólera se altera.
Milord. Tranquilízate, y responde.
Eduardo. Qué pregunton! ni que fuera

Conde. *Aparte.*
Milord. Dí, le conociste?
Eduardo. De oidas.
Ricardo. Con qué reserva
camina! *Aparte.*
Milord. Ya que no sabes
nada del Conde, quisiera
me dixese si las dos
son hermanas.
Eduardo. Qué postema
es el hombre! Sí señor.
Milord. Y tus hijas?
Eduardo. Verdaderas.
Milord. Los dos?
Eduardo. Las dos; no está viendo
que parecen dos gemelas?
Liseta. Esta por lo ménos lo es,
que toda se le asemeja:
pero yo....
Milord. Dílo.
Liseta. Jurara
que no me dió la exîstencia.
Eduardo. Qué es lo que hablas?
Milord. No hagas caso:
tú no dices nada, Eugenia?
Eugenia. Así como otras aprenden
á hablar, desde muy pequeña
yo aprendí á callar,
Milord. No sabe
poco quien sabe esa ciencia.
Eugenia. Fuera de esto, que la jóven
que se precia de modesta,
habla quando la preguntan,
y eso poco, y con reserva.
Milord. Qué candor!
Eduardo. Así respondes,
animal, á su Excelencia?
Marcha. *La echa con cólera.*
Liseta. Vete.
Milord. Déxala,
que su vista me embelesa.
Eduardo. Yo me lleno de temores
cada vez que habla con ella.
Milord. Ven acá, que quiero hablarte,
graciosa y divina Eugenia.
Responder á una pregunta
no es ofender la modestia.
La toma la mano.
Acércate: De qué sirve
que tus labios enmudezcan,
si con mayor energia
hablan tus miradas tiernas.
Liseta. Cómo la está manoseando!
Eduardo. Ya las manos me ormiguean.
Milord. Tú, que en tu nevada frente
la sinceridad demuestras,
del tesoro que buscamos,
nos darás algunas señas.
Entre las preciosas ninfas,
que estos prados hermosean,
hay alguna por ventura
que piense como tú piensas?
que tenga tus atractivos,
tu decoro tu modestia,
y en fin, que en sus procederes
descubra nobles ideas?
Liseta. A buena parte te arrimas.
Eugenia. Señor, en aquesta aldea
villanas de nuestra clase
tan solamente se encuentran:
seguramente entre todas
no hay ninguna que posea
las preciosas qualidades,
que distinguen la nobleza.
Liseta. Yo las tengo, yo.
Eugenia. Qué dices?
tú, muger!
Liseta. Sí, bachillera:
No soy vana y presumida?
No soy loca y altanera?
para llamarme señora
no necesito otras prendas.
Milord. Buscar á Amelia es inutil
sino se encuentra en Eugenia.
Liseta. En Eugenia! buena pua!
y es la escoria de la aldea.
Eduardo. Eugenia nació en mi casa,
y así hechad por otra acera.
Milord. A esto, qué es lo que tú
dices?
Eduardo. Tan solo doy por respuesta
que en la humildad de una choza
quiso el Cielo que naciera
destinada al exercicio
de las rústicas tareas:
desde mis pueriles años,

ocupada toda en ellas,
ignorando otras fortunas
con la mia estoy contenta.
Yo no codicio mas bienes,
mas honores, ni riquezas
que vivir en este estado.
Si mi dicha os interesa,
no desperteis en mi pecho
de esperanzas lisongeras
las mentidas vanaglorias,
que aunque de ser verdaderas
estan señor muy distantes,
son tantos de la opulencia
los mentidos atractivos,
que aun soñados lisongean.

Milord. Semejantes pensamientos
no son hijos de las selvas.

Liseta. Digo que son unos brutos.
si le dan la preferencia. *vase.*

Milord. Por tus sabias reflexîones
eres digna, bella Eugenia,
de otra suerte mas feliz;
persevera en tus ideas,
que el mérito verdadero
es buscado aún en las selvas:
no desconfies... quién sabe
si algun dia.. no quisiera
disgustarte nuevamente
con esperanzas opuestas
á tu modo de pensar;
quanto, quanto me interesas!
no quisiera mas ventura,
sino que fueses Amelia.

A R I A.

Ese semblante plácido,
esas miradas graves,
esas manitas cándidas,
esas palabras suaves,
son cosas que de jubilo
me acaban de llenar.
Ni selvas, ni pastores
producen sus primores,
quisiera hablar mas claro
pero no puedo hablar.
Que el ser le dió este avaro
no puedo imaginar. *vase.*

Eduardo. Que tempestad me amenaza.
si el cielo no lo remedia.

Eugenia. Dexadme vanos deseos
de honores y de grandezas.

Eduardo. Finjamos. Egunia mia,
mi consuelo, tiembla, tiembla.

Eugenia. De qué?

Eduardo. Yo estoy arruinado.

Eugenia. Vos!

Eduardo. Yo, Eugenia... tú... Liseta:
en los brazos de tu padre,
una, y mil veces te estrecha:
no sabes las desventuras,
que á tí, y á mí nos esperan.
Buelve abrazarme otra vez,
por si acaso es la postrera.

Eugenia. Qué inusitadas caricias
son estas que de sospechas
me han llenado! De qué nacen
padre mio?

Eduardo. De terneza,
que la sangre y el amor,
no saben de otra manera
explicarse.

Eugenia. Pero qué hay?
qué os sucede?

Eduardo. Escucha y tiembla.
Quién discurres que son esos
que hoy han llegado á la Aldea?

Eugenia. Yo creo, que dos sugetos
de muy elevadas prendas.

Eduardo. Al contrario dos traydores,
dos asesinos que intentan
con pretextos mentirosos
de soñadas opulencias,
burlarse de tu candór;
quieren, para que lo entiendas,
separarte de los brazos
de un padre todo terneza,
conducirte á la Ciudad,
y triunfar de tu inocencia.

Eugenia. Cielos! qué decís? Es dable
que en sus corazones quepan
tan detestables designios?

Eduardo. Y aun mayores: no los creas
que en la miel de sus palabras
llevan la ponzoña embuelta;
solo sigue exâctamente

de tu padre las ideas,
de este padre que te adora.
Ya la paternal terneza
se está asomando á los ojos;
si tú me faltas enesta
ocasion, yo perderé ..
iba á decir las riquezas
de la caxa ... vuelbe, vuelbe
á abrazarme... con tus tiernas,
y afectuosas expresiones ...
mis lagrimas se renuevan:
no me faltes hija mia,
no me abandones Eugenia.

RECITADO.

Eugenia Yo padre abandonarte? á mis deberes
por qué debo faltar? No soy la misma
aquella misma Eugenia
que solo á un grito, una mirada vuestra
toda tiembla y se asusta;
que siempre ha demostrado
su filial terneza
y su docilidad? querido padre
mirando ese despecho
en el mar del temor naufraga el pecho.

ARIA.

Permitidme, que os enjugue
padre mio el tierno llanto,
que al mirar vuetro quebranto
no me canso de llorar.
Yo soy cándida, amorosa;
vos lo veis y le ven todos,
y amorosa por mil modos
sabré el alma conservar. *vase.*

Eduardo. Conviene no perder tiempo
para salvar *las riquezas*:
el caso es, que no sé como:
lo pensaré.

Se queda pensativo Eduardo. Salen. Guillermo y Liseta.

Guillermo. Escucha, espera.
Liseta. No quiero, no quiero.
Gillermo. Mira...
Liseta. Quitate no me detengas,
que mudé de pensamiento
desde que mudé de esfera.
Guillermo. Lo veis Eduardo? lo veis?
despues de tantas promesas
vuestra hija me maltrata,
me abandona y me desprecia.
Liseta. Me dá la gana.
Guillemo. Qué dices?
Liseta. Si quieres que yo te quiera.
ha de ser como te dixe.
Guillermo. Cómo me dixiste?
Liseta. A medias.
Eduardo. Ven aca loca.
Liseta. Ya voy. *se retira.*
Eduardo. Hábra mayor desverguenza!
de esta manera á tu padre,
le faltas á la obediencia!
Liseta. Quién es mi Padre?
Eduardo. Esto mas!
quién te ha dado la existencia?
quién te dio el ser sino yo?
Liseta. Yo soy la condesa Amelia,
Yo soy hija de un baron.
Eduardo. Has visto que no lo sea,
algun padre?
Liseta. Yo desciendo,
de condes, y de condesas,
y no de vos; hace dias,
que estan llenos de grandeza
mis pulmones; soy señora.
soy noble, tengo excelencia,
y que vos no sois mi padre
os probaré quando quiera.
Eduardo. Me lo probarás?
Liseta. Seguro.
Eduardo. Qué sacrilegio! qué lengua
tan maldita! La memoria,
de tu madre Dorotea

de esta manera desonrras!
á no ser por tu simpleza,
te encerraria en un silo,
ve á trabajar con Eugenia,
y no me sofoques mas.
Liseta. Yo trabajar! las Condesas
no trabajan.
Eduardo. Cómo! cómo!
Liseta. Lo dicho, dicho.
Eduardo. Pues dexa.
Guillermo, saca el pañuelo;
dáme una punta, ahora aprieta,
en tanto que vuelvo aqui,
pues te has de casar con ella,
con la mayor vigilancia,
procura tenerla presa;
de padre, sindico, y juez,
te cedo las preheminencias,
que á mi buelta de una hija,
castigaré la imprudencia:
para salvar el tesoro,
me valgo de esta cautela. *vase.*
Liseta. Ya estamos solos Guillermo.
Guillermo. Ya lo veo.
Liseta. Si supieras
lo que te amo!
Guillermo. Ya lo sé.
Liseta. No me tengas tan sujeta;
no me escaparé tonton.
Guillermo. Te conozco.
Liseta. No creyera,
que tuvieses corazon
para tener á Liseta
de este modo.
Guillermo. Y por qué no?
Liseta. Asi pagas las finezas,
de aquella que te idolatra,
que te quiere tan de veras,
y que suspira por tí!
dame una mirada tierna,
consuelame.
Guillermo. No me fio,
comprendo bien tus ideas.
Liseta. Se conoce.
Guillermo. Y los señores,
con quien casarte deseas?
y las burlas que me has hecho?
Liseta. Fueron chanza.
Guillermo. Zalamera. . .
Liseta. No seas asi Guillermo:
pues mira sino me sueltas
no te tengo de querer.
Guillermo. Yo te soltára, Liseta,
pero temo que te escapes.
Liseta. Suéltame un brazo siquiera.
Anda hombre. . .
Guillermo. No me atrevo.
Liseta. Te haré un cariño.
Guillermo. De veras?
Liseta. Pruévalo.
Guillermo. No mas que un brazo.
Liseta. Sino quiero mas.
Guillermo. Espera.
Ya estas medio libre, ahora
hazme el cariño.
Liseta. Quisieras...

Le pincha, él suelta el pañuelo, y ella se escapa.

Guillermo. Ay! ay! ay!
Liseta. Ya me he soltado.
Guillermo. Qué este chasco me suceda!
Liseta. El que cree en las mugeres
se expone á estas contingencias.
Vase.
Guillermo. Tienes razon; pero el hombre
por mas chascos que le pegan,
jamas de sus desengaños
saca el fruto que debiera.

Huerto: sale Eduardo embozado con un capote de Aldeano, registra todo el sitio, y despues cierra.

Eduardo. Nadie parece, cerremos
con el cerrojo la puerta.
Si el céfiro, si las aves,
si las flores, si las fresas
de este delicioso sitio
penetraran mis ideas!
Aquí está mi corazon,
mi vida, mi bien, mi hacienda.
Saca la caxita.
Eugenia está en el granero,

con Guillermo está Liseta,
una y otra estoy seguro
de que sorprenderme puedan;
pensemos en lo que importa,
pensemos solo en dar tierra
á esta difunta hermosura,
á esta caxa de oro llena,
á fin de que resucite
en pasando esta tormenta.

ARIA.

Con temor y sin estrépito
un sepulcro abriré yo:
vamos, vamos profundándole.
Guillermo. Eduardo?
Eduardo. Yo no sé quien me llamó:
solo estoy, segun parece,
concluyamos esta hacienda,
y porque nadie lo entienda
trabajando cantaré:
Dexa, dexa mariposa
de dar vueltas á las llamas,
que en las mismas luces que amas
tu castigo encontrarás.
Ya acabé la sepultura,
el tesoro entierro luego::-
que en las mismas luces que amas
el castigo encontrarás:
quien llamó? mas no respondo.
Guillermo. Eduardo?
Eduardo. O qué aresto!
me hago el sordo? le contexto?
voy abrirle, me estoy quieto:
fiero trance, duro aprieto,
yo sospecho una traicion,
quien pudiera con las joyas
enterrar el corazon!
Guillermo. Eduardo?
Eduardo. Quién diablos está llamando?
voy á componer la tierra.
Dentro Guillermo.
Guillermo. Eduardo?
Eduardo. Eres Guillermo?
Guillermo. Ojala Dios no lo fuera!
Entra.
Eduardo. Qué tienes? qué ha sucedido?
Guillermo. Venid conmigo: Liseta
me la ha pegado
Eduardo. Qué dices?
Guillermo. Que me engañó como un bestia:
vamos corriendo á buscarla;
que si por desgracia encuentra
con aquellos cortesanos,
Dios nos la depare buena.
Eduardo. Cómo?
Guillermo. Cómo se escapó.
Eduardo. Y Eugenia?
Guillermo. Tambien Eugenia
se ha marchado.
Eduardo. Cómo ó quando?
Guillermo. Yendo detrás de Liseta;
sentí ruido en el granero,
que hice, eché la puerta á tierra,
y en vez de encontrar la una
encontré la otra: apenas
la ví, la dixe, entre tanto
que yo busco por la selva
á tu padre, ve siguiendo
las pisadas de Liseta.
Eduardo. Y qué hizo?
Guillermo. Echó á correr
con la mayor ligereza.
Los cortesanos son lobos,
la niña una simple oveja,
ellos fieros, ella mansa,
sacad vos la conseqüencia.
Eduardo. Ay desdichado de mí!
hijo mio, corre, vuela,
vé al monte, vé á la colina,
recorre el valle, la selva,
da voces, busca, registra
sin omitir diligencia,
que yo te sigo al instante;
anda, vé, no te detengas.

Vase corriendo: Eduardo toma el azadon, é iguala la tierra movida.

Qué terrible contratiempo!
ir es fuerza en busca de ella;
pero ántes es necesario
del hoyo igualar la tierra:
siento dividida el alma
entre Amelia y sus riquezas:

Sale Guillermo.
Yo no voy solo ácia al bosque.
Venid vos.
Eduardo. Maldito seas:
Sí, ya voy, tomo la capa:::-
me confundo:::- no quisiera
me hubiera visto cabar:::-
está la tierra tierra tan fresca:::-
si me robarán la caxa?
Guillermo. No venís?
Eduardo. Oh quien pudiera
dividirse en dos, y aun tiempo
estar aquí y en la selva!

Bosque con árboles á los lados, donde puedan subirse dos personas. Salen Milord, Ricardo y Cazadores.

FINAL.

Milord. A los puestos señalados
dividirse es conducente.
Coro. Vamos luego alegremente
nuestros puestos á ocupar.
Ricardo. Mira, mira que nublado,
á mi ver fuera acertado
á la choza regresar.
Milord. Ya se aclara, nada temas:
vamos, vamos buena gente.
Coro. Vamos luego alegremente
nuestros puestos á ocupar. *Vase.*
Sale Eugenia. Qué cosa viene á ser
lo que en mi pecho siento,
pena, deseo, tormento,
engaño, angustia, amor.
Busco, no sé qué busco,
quiero, no sé qué quiero,
qué cosa viene á ser
este mal interior:
mas veo venir gente,
marcharme es lo mejor. *Vase.*
Salen Eduardo y Guillermo.
Eduardo Ninguno sabe de ellas
Guillermo. El Bosque exàminemos.
Los 2. Y en tanto moderémos
la rabia, y el furor:
Guillermo. Liseta?
*Eduardo.*Eugenia? ¡ oh Cielos!
Los 2. { Eugenia / Liseta } A mis desvelos,
responde sin temor.
buscarlas divididos
discurro que es mejor.
Vanse divididos.
Sale Liseta. Que sirve, que vayan
los dos á buscarme
solícitos, busquenme
que no han de encontrarme,
no puedo olvidarme
de mi Cazador.
Mas ya de la caza
se escucha el rumor.
Oh! si el mas hermoso
hallase mi amor!
Sale Ricardo. Yo siento en los árboles
olor de muger,
la caza de pájaras
me dá mas placer:
Otros los venados
vayan á coger.
Mas Cielos qué estrépito!
ya todos se acercan,
quien carga, quien tira,
comienzo, á temer.
Sale Milord. Esa escopeta.
Ricardo. Cargala.
Milord. Un Jabalí fornido,
dexé de un tiro herido,
no pierdas tiempo salvaté,
que en mas seguro sitio.
de nuevo iré á cargar. *vase.*
Ricardo. Qué afan ¡ay Dios! Yo siento
el caso es peligroso.
Coro. Ocultese al momento,
del Jabalí furioso,
nosotros trás los arboles,
le vamos á esperar. *vase.*
Ricardo. Cedeme la escopeta:
que yo sea tan timido!
primero que acometa,
mi vida en esta encina
corramos á salvar.
Se sube aun arbol.
Sale Eugenia. Qué susto! qué fracaso!
!oh qué espantoso acento!
crugir el bosque siento,

cielos! qué fiero azar!
si hallase una escopeta,
podria defenderme,
Mirála; á protegerme...
el cielo vá á empezar,
qué fausto golpe oh cielos!
Yo vuelvo á respirar.

Salen Cazadores:.

Coro. La fiéra ya ha caido,
quien hizo tal proeza,
tú fuiste! oh qué nobleza!
oh joven singular!
corramos luego al amo,
el caso á declarar.

Ricardo. Ya que murió la fiera
obstento valentia;
asi mi cobardia (*copeta.*
mejor podré ocultar. *toma la es-*
Conviene con el fraude
las faltas ocultar. *Váse.*

Sale Liseta. Encontrar los Cazadores
mi cariño solicita;
pero el pecho me palpita,
qué nublado tan tremendo,
ay! que fiera! hay! que estruendo!
qué centellas! Pobrecita!
de mi vida, qué será?

Salen Eduardo y Guillermo.

Los 2. Ay que monstruo! fiero miedo!
quiero huir, y huir no puedo.
Ya mi Eugenia. } habrá muerto.
Ya Liseta }
donde voy... casi estoy yerto;
todo es tiros, truenos, rayos
quien me ayuda por piedad.

Los 3. Voy huyendo, y no sé dónde.
oh que horror! que fiero espanto!
Pronto el pecho de quebranto
ya no podrá palpitar.

Liseta. Mas qué es esto!

Eduardo y Guillermo. Qué reparo!

Liseta. Quien se acerca?

Los 3. Amparo, amparo.

Los 2. Majadera, calabera
quién te trae por acá? he.

Liseta. La nobleza que he perdido
por si es caso que aquí está. (muerto

Sale Milord. Ya que el monstruo queda
con cuidado diligente,
á llamar volved la gente
que en el bosque errando vá;
Mas, Ricardo no ha venido:
dónde se halla?

Sale Ricardo. Aquí está ya.

Desde el Arbol con la escopeta.

Mirord. Por qué estás aquí subido?

Ricardo. Desde el arbol escondido,
tiré al monstruo.

Coro. Es falsedad.

Eugenia. Yo señor tan solamente,
hé triunfado de la fiera,
si es mentira, ó si es quimera,
al instante declarad.

Coro. Todos, todos lo hemos visto,
ella os dice la verdad.

Todos. Qué prodigio! ya lo veo!

Ricardo. He quedado muy lucido.

Milord. Su valor me há sosprendido.

Los 3. Lo estoy viendo y no lo creo!

Eugenia. De un afecto que no entiendo,
yo me siento enagenar.

Milord. Una joven tanto brio!

Liseta. Una tonta tanto esfuerzo.

Eduardo. Esto solo me faltaba,
para darme en que pensar.

Eduardo y Liseta. De furor de embidia, y rabia.
yo me siento sofocar.

Eduardo. Vámos, vámos, que ya llueve,
luego en casa nos verémos.

Milord y Ricardo. Permitid, que acompañemos,
la Heroina hasta el lugar.

Eduardo. Yo agradezco el agasajo,
no os teneis, que incomodar.

Los 3. Ya se cerca la tormenta.

Los 2. A la choza luego vamos,
si gustais os combidamos,
á comer, y descansar.

Eduardo. En el pueblo hay hosteria,
tú me quieres arruinar.

Los 3. Cruge el roble, tiembla el pino.

Otros. Oh que fiero torbellino!

Todos. Que terible tempestad!
ya se aumenta el aguacero,
escaparme en vano quiero,

en los arboles frondosos,
nos podemos refugiar.
Eduardo, y Guillermo. Ala choza al
punto vamos.
Milord, y Ricardo. Llueve mucho andad vosotros.
dos capotes á buscar.
Todos. Que dilubio tan terrible,
qué fracaso! qué ruina!
Las 2. A pesar de aquesta Encina,
yo me mojo sin cesar.
Milord. Esta Encina es mas frondosa.
Milord y Ricardo. Aquí vengan.
Eduardo y Guillermo. Quita, quita
Eduardo. Ven bribona con tu padre.
Guillermo. Ven ingrata con tu amante.
Ricardo. Esta encina es mas frondosa;
aqui vengan.
Eduardo. No, no.
Milord. Dáme el uno.
Ricardo. Dáme el otro.
Los 2. Pobrecitas!
Las 2. Presto, presto.
Las 2. Presto, presto,
con su auxîlio de la lluvia,
nos podemos resguardar.
Todos. Qué tormenta tan terrible!
con la lluvia y el granizo,
cada vez es mas terrible:
agua, rayo, trueno, viento,
nos embarga el movimiento,
esforcemos luego el paso,
por salir de tanto horror.

ACTO SEGUNDO.

Selva con vista de la quinta de Eduardo. Apareoe éste pensativo.

Eduardo. Con qué fin los cortesanos
querrán hablarme de nuevo!
si discurren que del buche
me han de sacar el secreto,
mal les ha dado: no saben
con quien dan, soy perro viejo:
y si me hacen en un potro
cantar de plano? Los frenos
trueco entónces, y á mi hija
hago señora del pueblo.
Esto ya queda zanjado:
ahora vamos á Guillermo
que le ha dado de antemano
palabra de casamiento,
y aprieta para la boda;
para retardar su efecto
tampoco faltan arbitrios
á un hombre de mi talento,
de mi astucia y picardía;
pero él viene aquí, empezemos
Sale Guillermo.
la ficcion: ay hijo mio!
ay hijo querido! El Cielo
nos quiere ver infelices:
llora conmigo.
Guillermo. Qué es esto?
Eduardo. Llora, y despues lo sabras.
Guillermo. Voy á llorar, si es que puedo.
Eduardo. Lloras?
Guillermo. Si Señor, ya lloro?
Eduardo. Pues sabe::- Saca el pañuelo.
Guillermo. Ya le saqué, proseguid.
Eduardo. Sabe pues::-Cómo no muero!
qué tu muger ó tu nobia,
que para el caso es lo mismo,
se encuentra:::-
Guillermo. Cómo se encuentra?
Eduardo. A decirlo no me atrevo.
Guillermo. Por Dios que me lo digais.
Eduardo. Nos escuchan?
Guillermo. Esto es hecho.
Eduardo. Se encuentra:::-
Guillermo. No prosigais,
porque no quiero saberlo.
Eduardo. Sino pudo remediarlo.
Guillermo. No disculpeis sus excesos,

qué es lo qué le ha sucedido?
Eduardo. Lo que le está sucediendo
te puede á tí suceder.
Guillermo. Vos me hareis perder el
seso.
Eduardo. Con eso estareis iguales.
Guillermo. Qué está loca?
Eduardo. Y sin remedio.
Guillermo. Vuestra hija?
Eduardo. Si, mi hija.
Guillermo. Y es ese todo el misterio?
quien lo hereda no lo hurta.
Eduardo. De qué te ries?
Guillermo. De veros
llorar.
Eduardo. No te reirás
quando veas su cerebro
á la virlonga.
Guillermo. Tontunas,
yo la aplicaré un remedio.
Eduardo. Quál es?
Guillermo. El del matrimonio.
Eduardo. Siendo con algun sugeto
de suposicion, bien puede.
Guillermo. Conmigo, conmigo.
Eduardo. Bueno;
y ya le parece poco
para novio un Caballero,
quiere Milores y Condes,
y frenética corriendo
vá por los montes y valles
detrás de los forasteros,
haciendo burla de tí
y de mí.
Guillermo. Y no hay mas que eso?
Eduardo. Pues qué te parece poco?
Guillermo. Cuerda ó loca, yo la quiero.
Eduardo. Yo no te la quiero dar.
Guillermo. Y por qué?
Eduardo. Porque no debo.
Guillermo. No me la habeis ofrecido?
Eduardo. Cuerda.
Guillermo. Si yo la dispenso
su locura.
Eduardo. Pues yo nó.
Guillermo. Me la dareis.
Eduardo. Lo verémos.
Guillermo. Considerad la injusticia.
Eduardo. A un Sindico Personero
se le reconviene así?
Guillermo. Yo os hablo aquí como sue-
gro.
Eduardo. Yo te hablo á tí como Juez.
Guillermo. Contemplad.:::
Eduardo. Nada contemplo.
Guillermo, Yo la tomaré sin dote
Eduardo. Con él y sin él no quiero
dártela, que no ha lugar,
y basta de pedimentos
Guillermo. Puede ser que pronto os pese.
Eduardo. Qué harás?
Guillermo. Ya lo dirá el tiempo.

POLACA.

De un pérfido padre,
de una ingrata esposa,
mi astucia engañosa
pronto triunfará.
Yo parto corriendo
donde amor me guia;
vuestra villanía
castigo tendrá. *Vase.*

Eduardo. No hago caso de brabatas.
qué tonto! no tengo miedo
á las espías del Conde,
y se le tendré á un mozuelo
de morondanga; no sabe
con quien trata; todo el Pueblo
me tiene por hombre justo,
y cree mas mis enredos
que las verdades de otros.
Quéxese, que no le temo;
un poco de hipocresía
unida con el ingenio,
hace que los hombres malos
tengan créditos de buenos. *Vase.*

Sale Eugenia.

Eugenia. Ya han pas do á ser cuidados
las confusiones del pecho.
Las palabras misteriosas
de mi padre, su desvelo
en zelarme, sus caricias

inusitadas, y el ceño
horroroso, sobre todo,
con que mira al forastero,
que á mi pesar ha triunfado
de mis tiernos sentimientos
me infunden ciertas ideas:::-
dexadme vanos deseos
de grandezas ilusorias,
bastantes cuidados tengo,
dexad que el amor contraste
por sí solo mis afectos.

Sale Liseta.

Liseta. Ni los usos, ni las ruecas
para mis mános se hicieron.
Eugenia. Qué se hiciéron para tí?
Liseta. Los palacios, los cocheros,
las carrozas y lacayos,
quando me vea yo entre ellos
llena de joyas y galas,
con un vestido de aquellos
en que por dentro y por fuera
lucen las damas el cuerpo,
ya verás que hermosa estoy.
Eugenia. Dexa esos vanos deseos
y ten juicio.
Liseta. Quién te mete
en los cuidados agenos?
Eugenia. Yo te lo digo, Liseta,
porque de veras te quiero,
porque siento que en la Aldea
hagan de tí menosprecio,
y en fin porque eres mi hermana.
Liseta. La fineza te agradezco.
Pero si me quieres, no
me des por ningun pretexto,
jamas el nombre de hermana.
Eugenia. Por qué?
Liseta. Porque yo no creo
que lo seas mia. Sino,
dime, en qué nos parecemos?
en nada.
Eugenia. De lo contrarlo
lo sentiria en extremo:
tú aborreces la labor,
á nadie tienes respeto,
vás á todas partes sola,
quieres á muchos á un tiempo
dexas unos, tomas otros,
despues de este desenfreno,
tratas á padre y al novio
con el mas grande desprecio.
Liseta. Si la envidia fuese tiña....
Crees tú que yo no entiendo
que quando alguno me mira,
ó me dice chicoleos
te está llevando pateta?
Eugenia. Tu demencia compadezco.
Discurres que no tendria
si yo siguiese tu exemplo,
los amantes que tú tienes?
Liseta. Si, tendrias!
Eugenia. No los quiero
por tal medio: En una joven
el descaro, el desenfreno
y la franqueza divierte,
pero no merece aprecio.
Los mismos que la codician
y buscan, son los primeros
en detestarla: El decoro
y el pudor en nuestro sexô,
aún del mismo libertino
es mirado con aprecio.
Si dudas de esta verdad,
en mí tienes el exemplo.
Liseta. Qué salbajada!
Eugenia. No abuses
de la bondad de mi pecho,
que para oir tus delirios
ya me falta sufrimiento.
Liseta. Qué harás?
Eugenia. Te haré arrepentir
de tu proceder grosero.
Liseta. Arrepentir! Puf.
Eugenia. Liseta?
Liseta. Pif.
Eugenia. Si ofendes mi respeto...
Liseta Pof.
Eugenia. No mas, ò de mis iras
te haré probar....
Sale Eduardo. Qué es aquesto?
Eugenia. Nada, señor.
Eduardo. Que en disputas
habeis de andar siempre...
Eugenia. Pero....
Eduardo, Ya no escucho mas razone :
tú no puedes con tu genio.

ni ésta con sus disparates.
Liseta. Pues que calle y no esté haciendo
conmigo la preceptora
Eugenia. Si me provoca.
Eduardo. Qué veo!
á este sitio viene gente,
el motivo no comprendo.

RECITADO.

Liseta. Chito! Oh qué instrumentos!
Eugenia. Que música marcial!
Liseta. Los caballeros,
juzgo que son, que vienen ya por mí.
Eduardo. Con efecto es así: tú no los mires:
tú guarda seriedad.
Liseta. El efecto vereis de mi beldad.
Salen Milord y Ricardo, al compas de una marcha de instrumentos de ayre, precedidos de criados, que traen presentes seguidos de Aldeanos, y Aldeanas.
Milord. Ya que el cielo amigos mios
se opone á nuestros deseos
no queriendo descubrir
el suspirado embeleso
que buscamos, determino
antes de salir del pueblo
dexaros una memoria
en justo agradecimiento
del fabor que os he debido.
Eugenia. Si él me abandona yo muero.
Eduardo. Me parece que se vá,
y eso es lo que yo deseo.
Liseta. Y vos os vais?
Ricardo. Es preciso.
Liseta. Lo mejor es lo mas presto.
Milord. Este oro entre vosotros
repartiros al momento:
tù toma aqueste relox
porque de dos embelesos
eres padre.
Eduardo. Muchas gracias.
Hasta aquí todo vá bueno.
Milord. Vosotras bellas zagalas,
recibid el corto obsequio
que os ofrece mi cariño.
Así de dudas saldremos. *aparte.*
Liseta. A ver, á ver: quántas cosas
hay pendientes, palilleros,
bestidos de mocholina,
collares, cajas, pañuelos:
es esta sortija de oro?
Por tomar Liseta muchas cosas á un tiempo, dexa caer un retrato que lebanta Eugenia, lo mira con sorpresa y Milord la está observando atentamente.
Ricardo Sì.
Liseta. Pues entónces la quiero.
Y esto claro como el agua,
qué viene á ser?
Ricardo. Un espejo.
Liseta. Para qué es?
Ricardo. Para mirarse,
Liseta. A ver, á ver... con efecto:
me mira si yo la miro,
mueve el labio si le muevo,
guiña el ojo si le guiño,
qué demonio! todo esto
es por brujeria?
Eduardo. Calla.
Liseta. Toma, yo quiero saberlo.
Milord. Que atenta mira el retrato.
Eugenia. Oh que tumulto de afectos
en mi corazon batallan!
Milord. Qué miras dulce embeleso
que así te has quedado absorta?
Eugenia. Me sorprende el dulce aspecto
de este precioso retraro.
De quién es?
Milord. Segun yo creo
de la consorte del Conde
de Clerval.
Eduardo. Oir no puedo *aparte.*
su nombre sin alterarme.
Milord. Te gustá?
Eugenia. Con mucho extremo:
una vez que os vais, tomad. *enternecida.*
Milord. Quedate con él.

Eugenia. Le acepto
por dos motivos. El uno
porque me causa contento,
y el otro..
Milord. Por ser don mio?
es esto así?
Eugenia. No lo niego.
Eduardo. Toma otras cosas mas ricas,
dexa el retrato:
Eugenia. No puedo
que mas bienes que codicio,
en este retrato encuentro.

CABATINA.

De noché y de dia
besarle yo quiero
coloçarle espero
en mi corazon.

Aun tiempo el espìritu
consuela y agita
en un sitio comodo,
solita, solita,
miráré el retrato,
son mas atencion. *vase.*

Milord. Esta es Amelia, no hay duda.
Ricardo. Bien va saliendo el proyecto.
Eduardo. Pronto se descubre todo.
Liseta. A Dios, á Dios caballeros
voy á vestirme de dama
y á mirarme en el espejo. *vase.*
Ricardo. El asunto está aclarado.
Milord. Yo estoy absorto.
Eduardo. Yo lelo.
Milord. Sigamos el artificio. *aparte*
De tus dos hijas hablemos:
Quál de ellas es buen amigo
la primogènita?
Eduardo. Ha muerto.
Ricardo. Muerto!
Eduardo. Qué tiene de extraño.
Milord. Qual ha nacido primero
quise decir?
Eduardo. Con qué fin
lo preguntais?
Milord. Con intento
de procurarla en la aldea
un buen establecimiento.
Eduardo. Yo os estimo la fineza
Milord. Quál es la mayor?
Eduardo. Le tiemblo.
Milord. Dilo, qué reparo tienes?
Eduard. Señor, si mal no me acuerdo
me parece que es Eugenia.
Milord. Te parece?
Eduardo. Como tengo
tanta cosa en la cabeza.
se me fué del pensamiento.
Milord. Dónde han nacido?
Eduardo. Una en Londres,
y otra en Portugal. Si puedo
no me la pegarás tú.
Milord. Qué astuto es! mas no le temo!
en quál año te casaste?
Eduardo.. Hace señor múcho tiempo!
Milord. Y quántos hijos tuviste?
Eduardo. Veré si acordame puedo.
al mes de casado tuve..
no hagais caso de mis hierros,
al año quise decir,
tuve un hijo, lo primero . . .
fué hija: á los nueve meses
tuve despues dos gemelos
de un parto::: fueron gemelas,
y entrambas se me murieron:
fué un hijo el que se murió;
por que las dos me vivieron,
hásta que tuve otra hija
de modo que en este tiempo,
yo me hallava, con tres hijas,
eran hijos, yo me pierdo,
en el calculo soy muy
mal arismético; pero
por si acaso no se entiende,
le volveré hacer de nuevo.
Conviene con el ardid
enredar todo el suceso. *aparte.*

ARIA.

En el año de mil setecientos
y noventa, ó poco mas,
bien me acuerdo te eá cuenta:
me casé con una joven,
muy hermosa, muy preciosa;

ponderarla es por demás:
tres muchachas me dió pues,
por que una y dos son tres,
una, otra, otra en seguida:
en veinte años de casado
tres muchachas, que han quedado
reducidas solo á dos:
mi familia ne es prolixa;
màs se sabe, que una hija,
que se encuentra ya sin mádre,
quándo es hija de buen padre,
sea linda, ó sea fea,
sea hija, ó no lo sea
al consorcio ha de aspirar:
el asunto se comprende
sin gastar vocabulario,
Yo lo sé y el boticario,
y ádemas todo el lugar:
qué confusos! qué dudosos!
bien me sale el pensamiento,
que alegria, que contento,
ya no saben que pensar. *vase.*

❧❦☙

Ricardo. Os queda duda?
Milord. Ninguna.
Ricardo. Cómo esperais convencerlo?
Milord. Ya se pensará; entre tanto,
sigue sus pasos, á efecto
de prevenir su malicia:
Anda vé, no pierdas tiempo,
y despues vuelbe á visarme.
Ricardo. Ya os sirvo. *vese.*
Milord. Qué miro Cielos!
Eugenia viene: de quántos
atractivos, embelesos,
la ha enriquezido el amor!
Sale Eugenia. De bendecirte no ceso.
Distraida mirando el retrato.
ni ceso de comtemplarte:
no ví retrato mas bello;
parece que mudamente,
corresponde á mis afectos,
ay!
Milord. Que es esto hermosa Eugenia,
tan odioso, te es mi encuentro,
que sobresaltada, huyes,
llena de pabor, y miedo?
Eugenia. No es nada, y me sorprendisteis,
y me asusté; además de esto
es tan rigido mi padre
conmigo, que de su ceño,
si me encuéntra aquí con vos,
témo provar el afecto,
ya que dexais estos sitios,
no me espongais á este riesgo
idos, y dexadme sola,
que yo nada os intereso.
Milord. Me interesas, más que piensas
bien mio.
Eugenia. Sí fuese cierto,
procedierais de otro modo.
Milord. Ah si me vieses el pecho!
Eugenia. Viera vuestra ingratitud!
Milord. Tú discurres que me ausento
y por eso estas quejosa?
Eugenia. Téneis razon, lo confieso.
Milord. Hasta encontrar con Amelia,
separarme, yo no puedo
de estos sitios.
Eugenia. Qué la amais?
Milord. La amára con múcho extremo
si se pareciése a ti.
Eugenia. Oh si yo lográra serlo!
Milord. Gustarás de ello?
Eugenia. Infinito,
por merecer vuestro afecto.
Milor. Y si tú fueses la misma?
Eugenia. Soy infeliz; fuéra de esto,
mi padre lo contradice.
Milord. Eduardo es un perveso.
Eugenia. Es mi padre.
Milord. No es posible,
Eugenia. Luego soy. . .
Milord. Asi lo creo,
y asi es á los impulsos,
del corazon, doy asenso;
despues de eso, ese retrato . . .
Eugenia. Jamás saldrá de mi pecho.
Milord. Te se parece en un todo.
Eugenia. Qué dices?
Milord. No lo estis viéndo?
Eugenia. Vos quereis alucinarme
Milord. A cotejarlo pasemos.

DUO.

Eugenia. Su rostro es afable.
Milord. Afable es en tí.
Eugenia. Su vista agradable.
Milord. La tuya es así.
Eugenia. Su nebada frente
retrata el candor.
Milord. La tuya de Oriente
imita el albor.
Los 2 Cada vez el gozo,
va siéndo mayor.
Milord. Repara el cabello.
Eugenia. Es rubio, y hermoso.
Milord. Observa su cuello.
Eugenia. Nebado, y gracioso.
Milord. Sus labios.
Eugenia. De rosa.
Milord. Su boca.
Eugenia. Graciosa.
Milord. Y todo el semblante.
Eugenia. Respira bondad.
Milord. Tu rostro divino,
tu cuello nevado
del suyo es traslado
en gracia, y beldad.
Los. 2 ¡Oh ciélos! qué jubilo!
qué estraño, contento!
Eugenia. Yo no sé este gozo,
de qué nacerá?
Milord. Si Eugenia, no es ésta,
no sé quién será.
Váse Eugenia; pero Milord al ver que viene gente, se detiene y se queda retirado. Salen Guillermo y Ricardo.
Guillermo. Una vez que vmd. es sordo
lo repetiré de nuevo:
Ha dos horas que encerrado
lo encontré dentro del huerto.
Ricardo. Qué estaba haciendo?
Guillermo. Cabando;
si quereis venir á verlo
á un se encontrarán indicios
de estar movido el terreno.
Ricardo. Y quando le sorprendiste,
se sobresaltó?
Guillermo. En extremo.
Ya que me niega á Liseta *Ap.*
de esta manera me vengo.
Ricardo. Vámos á ver á mi amigo
y á enterarle del suceso.
Sale Milord. Ya lo sabe pues ha oido
vuestro coloquio, y espero
que produzca la noticia
los mas prósperos efectos.
Y ahora dónde está el Villano?
Ricard. En medio del Bosque haciendo
entre sí varios discursos,
y como encontré á Guillermo en
el camino. : :-
Milord. Está bien.
Guillermo. Y decidme esperar puedo
si se aclarára la verdad. : : : :
Milord. Serás felíz por mi medio.
Guillerm. Yo no codicio riquezas.
Milord. Pues qué quieres?
Guillerm. El afecto
de mi querida Liseta.
Milord. Será tuyo te lo ofrezco.
Guillerm. Nada tengo que desear
siendo su cariño el premio.
Milord. Esperame aquí Ricardo:
vénte conmigo Guillermo
que importa á nuestros designios
la prevencion y el silencio. *Vanse.*
Ricardo. Qué intentará? mas Liseta
que ridicula se ha puesto!
Sale Liseta vestida ricamente, mirándose al espejo.
Liseta. Esta nariz perfilada
estos ojos retrecheros,
esta boquita agraciada,
y estos hermosos cabellos
no han nacido en estas selvas:
qué chiste, qué gracia tengo!
voy á verme por detrás:
es el caso que no puedo. . . .
Qué haceis aquí?
Ricardo. Contemplar
tus graciosos embelesos.
Liseta. Y por qué no os habeis ido?
Ricardo. Luego lo deseas?
Liseta. Cierto.
Ricardo. Por qué?
Liseta. Porque me enfadais.

Ricardo. Divertirme un rato quiero.
Es posible. . . .
Liseta. No hay envoque.
Ricardo. Dueño mio.
Liseta. Léjos, léjos.
Ricardo. Sino me quieres, me mato.
Liseta. Eso es lo que yo deseo.
Ricardo. Pero á qué viene este enojo?
Liseta. No os quereis ir?
Ricardo. A su tiempo.
Liseta. Una vez que os vais, agur:
que amor quitado, amor puesto.

ARIA.

Ricardo. Dexa ya el ceño impío
tirano dueño mio,
adora quien te adora
que amor merece amor.
La falsa me desprecia
qué bárbaro tormento,
ay Dios! morir me siento
de pena y de dolor.

Liseta. No os canseis en porfiar
que yo no puedo quereros.
Ricardo. Por qué?
Liseta. Lo quereis saber?
porque vuestro compañero
me gusta mas que no vos.
Ricardo. Ahora salimos con eso?
Liseta. Sí Señor, yo soy muy clara
y con ese fin me he puesto
los vestidos que me ha dado,
si le gusto no hay remedio
os quedais tocando tablas,
sino le gusto hablarémos.
Qué os parece?
Ricardo. Grandemente.
Liseta. Una vez, que sois tan bueno
para el dia de la boda
tendreis dispuestas con tiempo
elados de todas clases,
contradanzas sin consuelo,
una multitud de luces,
muchos bayles, muchos juegos,
y una música compuesta
de quatro mil instrumentos.

ARIA.

Yo ya no quiero música
de gayta, ni de Pifano,
guitarra, tiple y organo,
de fole ni rabel;
la quiero de violines,
arpas, obues, salterios
violas, violoncelos,
de flautas y flautines,
fagotes, contrabajos
y quantos instrumentos
se tocan por papel.

Ricardo, A pesar de sus sandeces,
tiene bastante gracejo
la Aldeana,
Sale Milord.
Milord. Ricardo mio,
toma este trage grosero,
y esas armas.
Ricardo. Con qué fin?
Milord. Con el favor de Guillermo
y estos trages, determino
introducirme en el huerto
de Eduardo sin ser visto
de los Aldeanos:::- El Cielo
mi amor y mi corazon,
á voces me están diciendo,
que en él se oculta el arcano
que tanto busca mi anhelo.
Sígueme, que amor nos guia,
y nos defiende el respeto. *Vase.*

Huerto como en el primer acto. Guillermo encima de las tapias, poniendo una escalera fuera y otra dentro.

SEXTETO.

Guillermo. Ya está puesta la escalera,
mas el Conde no parece,
á mi vista ya se ofrece:
hem, hen, he, venid acá:
Eduardo no está en casa,

he logrado un buen momento:
qué venganza! qué contento!
á burlarme aprenderá!

Milord. Nadie viene, vamos, vamos,
En las tapias.
la ocasion nos es propicia.
Oh qué cara la codicia
al villano costará! *Baxa.*

Guillermo. Aquí es donde esta mañana
yo le he visto abrir el hoyo.

Milord. Aun movida está la tierra,
por á dentro luego cierra,
porque nadie pueda entrar:
una prueba manifiesta
me prometo aquí encontrar.

Coro. Yo no sé que historia es esta,
ni sé como ha de acabar.

Ricardo. Quitad luego la escalera
que está puesta por á fuera.

Milord. Unos caben, y en la puerta
otros vayan á observar.

Ricardo. Me parece que alguien viene.

Milord. Trabajar solo conviene.

Guillermo. Es el dueño propietario.

Milord. Venga, venga el temerario:
cada uno á su trabajo,
que un tesoro se ha de hallar.

Coro. Cada uno á su trabajo,
que un tesoro se ha de hallar.

Eduardo se dexa ver en la copa de un árbol, que estará al otro lado de las tapias.

Eduardo. Ah! quién está dentro del huerto?

Milord. Ya está el hoyo casi abierto.

Eduardo. Qué es aquesto! aquí hay ladrones:
hijas, gente, aquí hay ladrones:
socorredme por piedad.

Milord. Una cosa me parece
que en la tierra resplandece.
Dentro Liseta, Egenia y Coro.
Buena gente, al arma, al arma,
pero echad la puerta abajo.

Milord. La caxita ya tenemos.
Liseta, Eugenia y Coro.
Con mas fuerza rempujemos.

Ricardo. Tente firme.

Eduardo. Ladronazos, asesinos,
yo os habré desquartizar.
Ricardo, Guillermo y Milord.
De alegría, de contento,
siento el pecho alborozar.

Milord. Abrid luego, y esperemos,
que yo les harè temblar.

Eduardo. Ladronazos, asesinos,
yo de todos, todos, to:::-

Habre Ricardo, y salen de pronto por la puerta Eduardo, Liseta, Eugenia y Aldeanos con palos: Milord se quita de repente el vestido de villano, y descubre el Orden de la Xarretierra.

RECITADO.

Eduardo. Qué miro! ay Dios! si sueño.

Milord. No, no sueñas
detestable villano: en mí contempla
Milord Fidenling,
al Señor de aqueste Pueblo, al fin el Cielo
y la cautela mia ha descubierto
tu crimen, tu delito detestable:
niega hombre abominable,
que no te dieron de Cierval la hija,
y que de dos que tienes no es la una.

Eduardo. Ah, Señor!

Milord. Calla: quiero
que todo el pueblo entero
tu delito conozca; á convocarlo
marchad vosotros dos; y la caxita
que al vil fué consignada
custodiadme vosotros:
la hija verdadera, y la supuesta,
á la pública plaza
al punto irán: tú marcha por la llave,
yo sabré la verdad.

Eduardo. Hija, amigos, Señor.

Milord. Ya no hay piedad.

ARIA.

Tú pérfido osaste

burlar mi desvelo;
á un padre engañaste,
que puso á tu zelo
la gloria, el objeto
de un plácido amor:
por tí, en baxo estado
se ve obscurecido
el dueño adorado,
que amor ha elegido....
respeta el afecto
de un justo rigor.
Vase con Guillermo y Ricardo.

Eduardo. Porque no se pierda todo,
lo que podamos salvemos.
Señora? *Se arodilla.*
Liseta. Qué haceis?
Eduardo. Piedad:::-
Perdon:::-
Liseta. De qué?
Eduardo. De mi yerro.
Liseta. Qué yerro?
Eduardo. Yo me confundo.
Eugenia. Qué misterios serán estos!
Aparte.
Liseta. Proseguid.
Eduardo. Sabed que yo:::-
Liseta. Pronto, pronto.
Eduardo. No me atrevo.
Liseta. Qué he de saber?
Eduardo. Que no soy:::-
Liseta. Vamos.
Eduardo. Vuestro Padre:::-
Liseta. Cielos!
pues quién es mi padre?
Eduardo. El Conde
de Clerval.
Eugenia. De dolor muero. *Aparte.*
Liseta. El Conde:::- Ya soy Condesa.
Eduardo. Y como á tal os respeto:
vos sois la Condesa Amelia.
Liseta. Siempre lo he estado diciendo.
Eduardo. A la faz de todo el mundo,
mi error, mi engaño confieso:
soy un pícaro, un bribon
que la piedad no merezco;
pero á favor de este llanto,
que me perdoneis espero.
Liseta. Levántate, miserable,
alzate infeliz del suelo,
y de mi clemencia empieza
á disfrutar el efecto:
arrodíllate, despacha,
ven á ofrecerme respetos.
De señora excelentísima
dame luego el tratamiento:
Soy condesa de Clerval
y seré Milora luego.
Eugenia. No puedo resistir mas.
ay malogrados afectos!
Liseta. Dónde vás? Así obedeces
de la señora del pueblo
los mandatos? No te vayas
que la gracia te dispenso
de que me beses la mano:
con mas amor y respeto:
Así vá bien: tú Eduardo
vuelve á pedirme de nuevo
publicamente perdon,
de los males que me has hecho.
Eduardo. Perdonadme, gran señora,
perdonadme á decir vuelvo:
Yo ocultaba la verdad
con el fin de no perderos;
os amaba tiernamente..
Liseta. Me amabas, sí, y aun conservo
señales de los pellizcos
que me has dado.
Eduardo. No lo niego;
eran síntomas de amor.
Liseta De esos síntomas no entiendo
Lo cierto es que me escocian;
pero se acabó: Al momento
id á buscar á Milord
á fin de que venga luego
á recibirme: Despues
dareis parte á todo el pueblo
de que ya soy excelencia;
y por ultimo en mi obsequio,
hareis tocar las campanas
en todo el lugar á buelo
á fin de que mi condado
se publique por el viento. *vase.*

RECITADO

Eugenia. Ya me hallo sola, y sola
puedo algun desaogo
dar á mi corazon: Barbara suerte!
parece que inventaste
la desgracia tan solo
para mí: El bajo estado
en que me puso la fiereza tuya
poco á tí te parece
que fantasmas ofrece
al credulo amor mio
de illusoria grandeza y poderío!
Justo cielo! Qué haré? con qué semblante
podré mirar, podré tratar á un padre
que condena mi amor! Milord... qué digo?
Dexemos para siempre
una idea soñada; no quiere el cielo
que yo sea señora:
vuelvome á lacabaña á ser pastora.

ARIA.

Sola y triste entre tormentos
pasaré el tiempo llorando,
y haré siempre con lamentos
campo y selva resonar.
Sentiré de noche y dia
conturbar mi fantasia
de una barbara esperanza
que no es facil de dexar.
En mi pecho te has entrado
ciego amor, tirano niño,
oh que dulce es el cariño!
que me enseña á suspirar.

Plaza. Salen Eduardo y Liseta adornada de flores, seguida de Aldeanos, y Aldeanas.

Coro. Que viva la hermosa
la escogida esposa,
la digna heredera
del amo, y señor.
Si fué la delicia
del monte y el prado
á mejor estado
la destina amor.

Liseta. Con vuestra alegria,
se mezcla la mia
y os doy muchas gracias
por tanto favor,
A Dios para siempre
silvestres espacios,
qué grandes palacios
me ofrece el amor.

Coro. Que viva la hermosa
la escogida esposa,
la digna heredera,
del amo y señor.

Eugenia. Para siempre de vuecencia
se despide, gran señora,
una misera pastora
destinada á suspirar..

Eduardo. y Liseta. Temeraria en mi presencia...

Milord. Alza y dexa de llorar.

Gilermo. Qué no es esta la Condesa?
Ya comienzo á rezelar.

Eugenia. En tu suerte del contento
vive siempre acompañada
y de mí por un momento
no te dexes de acordar.

Milord. El traidor en vano quiere
su perfidia coronar.

Guuillermo. Aquí media algun engaño
que el bribon quiso fraguar.

Eugenia. Entre tanto abandonada
del destino castigada,
lloraré en la selva umbrosa,
mi desgracia sin cesar.

Liseta. Vete, vete.

Milord. Espera un poco
que tu pecho dueño mio
sabré pronto consolar..
Trae la caja, tú villano
dá la llave, y abrid presto,
que su engaño manifiesto,
hoy verá todo el lugar.

Liseta. Oh que rabia! que despecho!
mas yo me sabré vengar.

Eduardo. Solo hay dentro alhajas y oro,
nada mas han de encontrar.

Eugenia. Nuevo rayo de esperanza
me comienza á serenar.
Coro. Qué riqueza! qué tesoro
el traidor quiso ocultar.
Milord. No hay mas qué esto? y tantas cartas
que Clerval te consignó?
Eduardo. Juro á fe de hombre sincero
que otra cosa no me diò.
Milord. Nuevamente registremos.
Eduardo. Registrad quanto os de gana.
Milord. Nada encuentro.
Guillermo, Oh qué embustero!
Eduardo. Juro á fee de hombre sincero
que otra cosa no me dió.
Milord. Yo no sé qué cifra es esta!
A, E, F, dí què es esto?
Eduardo y Liseta. A, E, F.
Milord. Yo no sé qué inferir de esto?
Coro. A, E, F:
Liseta. La cosa es clara:
A, E, F: amor es fi ro.
Edurado. Así dice aquel letrero,
y así se debe entender,
Milord. El sentido de este simbolo
muy diverso debe ser.
Coro. A, E, F.
Milord. Que lo diga Eugenia.
Liseta y Eduardo. Una tonta qué dirá.
Eugenia. Si mas cartas le dió el Conde
y las cartas él no dá,
en la caja las esconde
como pronto se verá.
A, E F.
Abrase el fondo.
Milord y Ricardo. Me parece que lo acierta.
Eduardo y Liseta. Se abre el fondo!
ha, ha, ha,
Milord y Ricardo. Qué misterio encetrará!
Milord. Vamos presto, oh justo cielo!
el secreto aquí está yá.
Milord. Tiembla villano, tiembla
del Conde es esta letra:
hoy se sabrá el asunto:
lee Guillermo al punto,
verémos si es Amelia,
la que sospecha amor.
Eduardo. Quién prevenir podria
tan fiero sinsabor!
Guillermo. Puse á cargo de Eduardo
por la fee que me merece,
una hija de tres años,
que á su madre se parece.
Eugenia y Milord. Que á su madre se parece?
Guillermo. Y entregandola una parte
del tesoro que he salvado
la otra parte la he dexado
porque Amelia la posea,
y las señas de quien sea
porque pueda sin reparo
percibir aquel tesoro,
las pondré á continuacion.
Milord. Vé leyendo; amado dueño.
Los 2. Amor quiere vuestra union.
Guillerm. Boca estrecha, frente plácida,
pelo rubio; rostro hermoso,
mano chica, pié brevismo,
ojos negros, cuerpo ayroso,
labio chico, blanco cuello,
y un lunar que la hermosea
sobre el labio se le vé.
Cor. No, no hay duda ya en que es ella
lo comprueba claramente
frente, boca, mano y pié.
Eduardo. Ya se sabe la entruchada
Liseta. Ay Liseta desdichada.
Guillermo. Felicisímo seré.
Milord. Negarás que Amelia es esta
fiero mostruo de perfidia.
Guillermo. Haz á todos manifiesta
la pasion por la hidalguía.
Eduardo. Yo he mentido, yo he pecado.
Ved aqui la hija mia:
ved á Amelia, ved á un picaro
que abusó de la bondad.
Milord. No traydor.
Eugenia. En otro tiempo
me ha servido, lo confieso,
perdonad señor su exceso
yo por él pido piedad.
Milord. Ven Amelia con tu Esposo
que tu pecho generoso

te hace digna de mi amor.
Te perdono, aleve, fiero.
Guillermo. Vuestro exemplo seguir quiero,
ven Liseta sin temor.
Liseta. Ya soy digna de tu mano,
pues conozco ya mi error.
Coro. Oh que plácido momento!
oh que rasgo de bondad!
viva amor la Cifra viva,
vivan, vivan los Esposos;
y sus lazos venturosos
vámos luego á celebrar.

FIN.

DONDE ESTA SE HALLARAN LAS PIEZAS siguientes.

La Vanda de Castilla y Duelo contra si mismo.
La Arcadia en Belen y amor. el Mayor Hechizo.
Sueños hay que verdad son.
Natalia y Carolina.
La Escuela de los Zelosos Opera.
El Sèneca, en un acto.
La Magdalena Cautiva
La mas Ilustre Fregona.
La Muerte de Hector.
El Ayo de su hijo.
El Viriato, en un acto.
El Currutaco vistiendose.
La Cleonice.

Asimismo se hallará un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias modernas. Autos, Saynetes y Entremeses.